

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

JUVENTUD EN ÉXTASIS 2

DERECHOS RESERVADOS

**CURSO DEFINITIVO
SOBRE CONDUCTA SEXUAL**



Ediciones Selectas Diamante, S.A. de C.V.
Libros que transforman vidas

Contenido

<i>“Era una tarde como otra cualquiera”</i>	9
INTRODUCCIÓN AL CURSO	25
Tema 1 NOVIAZGO	31
Tema 2 CARICIAS ÍNTIMAS	39
Tema 3 CONFUSIÓN SEXUAL	51
Tema 4 EMBARAZO NO DESEADO	65
Tema 5 DECEPCIÓN	79
Tema 6 MASTURBACIÓN	91
Tema 7 LIBERTINAJE SEXUAL	103
<i>(Pornografía, aventuras rápidas, orgías, prostitución, disfunciones y desviaciones)</i>	
Tema 8 PROMISCUIDAD VENÉREA	117
Tema 9 HOMOSEXUALIDAD	133
Tema 10 ESPERA EDIFICANTE	149
Tema 11 MATRIMONIO	163
Tema 12 DIGNIDAD SEXUAL	179
<i>“Esa noche telefoneamos a mi padre”</i>	189

El tráfico estaba casi detenido por completo unos metros adelante y sin querer les dimos alcance.

—¡Son compañeras de mi salón! —comentó asombrada.

—¿Y el muchacho?

—Nunca lo había visto.

Los autos comenzaron a avanzar, el motociclista se abrió paso. Lo seguimos con la mirada y vimos que repentinamente disminuyó su velocidad para doblar a la derecha en la entrada de un motel.

Tardé varios segundos en asimilar el cuadro. Avancé muy despacio sin poder ocultar el asombro. Mi hija bajó la cabeza avergonzada.

—¿Dices que son compañeras tuyas?

Asintió. Me quedé callado. Era evidente que habían subido voluntariamente a la motocicleta, pero, ¿habrían estado de acuerdo en ir a un hotel? Tomé la siguiente salida para regresar.

—¿Qué haces, papá?

—Tal vez el tipo las llevó a ese sitio sin su consentimiento. Sólo quiero cerciorarme de que están bien.

—Así son algunas chicas de la facultad... —murmuró apenada—. Es posible, incluso, que ellas llevaran la iniciativa.

Pasamos nuevamente muy despacio frente al lugar. En el coche, el ambiente era tenso. Me entristeció darme cuenta de mi ingenuidad al creer que mi hija se mantendría siempre lejos de ese medio. No me asustaba, pero tal parecía que de nada sirvió haberme esforzado por procurarles los mejores ambientes y colegios.

—¿Sabes? —comenté—, hicimos bien en imprimir algunas copias de *nuestro libro*. Al principio dudé. Ahora creo que todos los estudiantes deben leerlo.

Asintió sin levantar la vista.

—De hecho lo hacen, pero...

—¿Pero...?

—*Juventud* es una obra literaria. Lo medular en ella es la novela. Los conceptos se subordinan a la historia y eso provoca que algunos malinterpretan el mensaje. Lo atacan tomando frases fuera de contexto sin considerar que los personajes viven un proceso de cambio.

Su voz sonaba afligida. Hablaba de literatura pero en realidad parecía querer hablar de otra cosa.

—¿Qué sugieres?

—Papá, ayúdame a estudiar tu libro. Me lo diste cuando tenía quince años y tal vez he pasado por alto muchas cosas —bajó la voz con angustia—. ¿Cómo te explicaré? Yo... Te quiero mucho... Me siento muy honrada de que hayas escrito todo eso para mí, pero... —hizo una pausa; la voz le falseó un poco—. Pero tengo miedo de decepcionarte.

—A ver —orillé el automóvil y me detuve—. ¿De qué se trata todo esto? Háblame claro.

Los ojos de mi hija se llenaron de lágrimas. Permaneció callada. Tomé su mano.

Ella había terminado un largo noviazgo pocos días atrás.

—¿Tú crees...? —comenzó a preguntar titubeando—, ¿crees... que una mujer ya no vale nada cuando pierde la virginidad?

No supe qué contestar. Era una joven delgada y bella. Excelente deportista. Se veía cohibida y seria. Ella no era así.

—¿Por qué la pregunta?

—No... Por nada... Simple curiosidad.

Tragué saliva.

—¿Por qué terminaste con tu novio?

—Bueno... en realidad dejé de interesarle... Creo que yo tuve la culpa. Papá —cambió ágilmente el tema—, ¡ve con la directora de la facultad y pídele autorización para impartir un curso a los estudiantes...! Si resumieras y organizaras los conceptos de *Juventud*, podrías preparar un ciclo de conferencias o un seminario.

Asentí sin entender por completo hacia dónde se dirigía. Seguí su juego:

—En *nuestro libro* hay elementos suficientes para que los jóvenes decidan bien —le dije—. Sólo necesitan estudiarlo y enriquecerlo un poco por sí mismos.

—Es verdad, pero pocos lo hacen. Y quienes lo hacemos necesitamos profundizar en los temas. *Yo en lo personal* lo necesito. También mis compañeros. ¡Somos estudiantes del segundo año de medicina!, pero, ¿sabías que Sonia, una de las chicas que vimos en la motocicleta, ya estuvo embarazada una vez y abortó...? ¿Sabías que proviene de una

familia superreligiosa? ¿Sabías que el hijo de la directora estudia en mi grupo y posee la más sucia colección de pornografía que puedas imaginar? ¿Sabías que en la universidad hubo, hace poco, una epidemia de blenorragia? Papá, ¡entre compañeros se recetaban los antibióticos como si se tratara de una simple gripe!

—A ver, aclárame las cosas. ¿Por qué dices que *tú en lo personal* necesitas un seminario sobre el libro? ¿Por qué preguntaste si una mujer ya no vale nada cuando pierde la virginidad? ¿Por qué supones que dejaste de interesarle a Juan Carlos y que la culpa fue tuya?

—Sólo trataba de conversar sobre *algo*...

Me desesperé:

—¿Sobre *algo*? ¿Y por qué no escogiste otro tema? Hija, me preocupas. Si estás mortificada, dímelo. Dame la oportunidad de ayudarte.

—No, papá —mantuvo la mirada en el suelo—, no es nada importante.

Suspiré y sentí un nudo en la garganta. Eché a andar el auto nuevamente y conduje muy despacio hasta la casa.

Dhamar salió a recibirnos. Nos saludó cariñosamente y notó de inmediato que algo andaba mal con nuestra hija. Citlalli se dirigió a grandes pasos a su habitación.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—Voy a hablar con ella.

Se encerró con su hija a conversar. Yo estaba preocupado. Era obvio que Citlalli enfrentaba algún problema relacionado con su sexualidad y que no me tenía la confianza para compartírmelo. Después de esperar más de una hora sentí coraje conmigo mismo. Había dedicado muchos años al estudio de la conducta humana y a la capacitación, pero ahora me faltaba lo más elemental: comunicación con mi propia hija... Siempre me había costado trabajo acercarme a ella. Desde que era una bebé, los cánones establecidos me obligaron a hacerme a un lado.

Fui a mi archivo y busqué una hoja que redacté para Citlalli a los pocos días de su nacimiento. La leí temblando. Escribí al final una sola frase. Después toqué la puerta de su habitación. Dhamar abrió.

—Ya conocen esta carta —les dije—. Léanla de nuevo. Estoy aquí fuera esperando.

La frase que garabateé en la hoja decía:
"Por favor, déjenme participar."

Hija:

Eres un bebé, un bebé muy pequeño. Tienes apenas diez días de nacida y fuiste prematura, así que eres más pequeña que los bebés normales, pero yo sé que crecerás y serás el mayor orgullo de mi vida.

Estoy a solas contigo en mi habitación. No lo sabes, pero estoy aquí, atento a cada movimiento tuyo.

Quiero escribirte porque de algún modo tengo que desahogarme de esta emoción tan fuerte que últimamente he sentido que me daña.

A veces te hablo, te digo con reservas todo lo que te amo. La euforia me inunda y entonces bajo la cabeza para besar tus piecitos y mirarte largamente.

No lo hago muy seguido porque casi no tengo la oportunidad de estar solo contigo. Apenas me encierro para disfrutarte, entra mi esposa o mi suegra y comienzan a hablarte como si fueras tonta y a hacerte ruiditos nasales o cantos absurdos. No sé por qué me molesta tanto que te traten así. A veces me da la impresión de que las visitas te miran como un juguete con vida, motivo de festejos y juegos. Mi cielo, ¡siento tantos celos de la gente que viene a verte, que te habla boberías, que te da de comer y que me aparta como si fuera el hombre inútil que no sabe cómo tratar a un bebé!

Citlalli, cuando te vi por primera vez sentí miedo, sentí la obligación de trabajar más fuerte, de esforzarme para darte lo mejor. Ahora, todo lo que pienso, hago y digo las veinticuatro horas del día, bien o mal, es para ti. Quiero decirte que has cambiado mi vida, que te esperé siempre, que soy el hombre más feliz de la Tierra porque estás aquí, conmigo, en esta habitación. Mi vida, que no me importa que sean las dos de la madrugada, te disfruto y te gozo aun dormida. Por primera vez siento la extraordinaria bendición de ser padre...

A los pocos minutos salió Dhamar. Me encontró sentado en la cocina.

—Citlalli quiere hablar contigo.

—¿Está bien?

—Cerciórate tú mismo...

Entré a la habitación de mi hija y, apenas me vio, se echó en mis brazos llorando.

—Papá, perdóname...

—¿Qué pasa?

Se separó.

—Por las noches miro el libro que escribiste y siento que se burla de mí. Tú sabes que Juan Carlos y yo teníamos planes de casarnos... Él era detallista y romántico... hasta que... —se detuvo.

—¿Tuviste relaciones sexuales con él?

El cuestionamiento fue tan conciso que no pudo eludirlo.

—Sí...

Mi sistema nervioso se desconectó por unos segundos y sentí que el tiempo se detenía.

En mi juventud yo también fui un donjuán. Seduje a varias chicas de la edad de mi hija, semejantes en muchos aspectos a ella. Todo se veía tan diferente desde este lado... Antaño como un conquistador, ahora como el padre de una joven conquistada.

—Sólo lo he hecho una vez —su tono era casi inaudible—. No creas que soy como mis compañeras de la motocicleta. No soy como ellas, papá... pero tampoco soy como a ti te gustaría.

Sus palabras mostraban una angustia legítima. Parecía que, lejos de fortalecida, se sentía aplastada por la carga de ser mi hija. Por mi parte, me hallaba como si algo hubiera estallado por dentro, mi alma estaba hecha pedazos, mil dagas se habían clavado en lo más profundo de mi ser, al ver a mi pequeña sufriendo por el engaño de un rufián y al saberla angustiada por haber cometido el error de entregarse a destiempo. Le extendí un pañuelo para que limpiara sus lágrimas. ¿Quién me pasaba a mí otro pañuelo?

—Citlalli... lo... —se me trabó la lengua—, lo que acabas de decir me produce un gran pesar.

—Fue un acto consciente. Lo hice por amor... Yo deseaba ser la esposa de Juan Carlos.

—Pero él deseaba sólo tu cuerpo.

—¿Por qué? ¿Por qué los hombres son así?

Nunca me agradó la idea de que saliera con un chico diez años mayor. Parecía un joven serio... Piloto aviador, ingeniero titulado. Un partido envidiable. Dicen que los caballos más mansos son los que dan el peor golpe, por la confianza que inspiran. Lo mismo ocurre con los seres humanos.

—En el libro te escribí que si llegabas a tener relaciones sexuales antes de casarte, yo... —aclaré la garganta para que la voz no falseara—, te querría siempre igual; que respetaría tus decisiones sin importar que estuviera o no de acuerdo con ellas...

—Sé el párrafo de memoria: "*Pero si eliges entregar tu cuerpo hazlo con el conocimiento de lo amargo que vendrá y no sólo de lo dulce del presente*".

La tomé de los hombros. Por algunos segundos no hablamos.

—Te amo, hija.

—¿Todavía?

—Por supuesto...

Nos abrazamos muy fuerte.

El huracán llegó con esa tromba inesperada.

Ignoraba que era sólo el comienzo. Conforme los vientos arreciaban habría angustia, violencia, heridos y ahogados.

Una aventura que ni mi hija, mi esposa o yo podríamos olvidar jamás.

Al día siguiente, mientras intentaba concentrarme en el trabajo de la oficina, llegó la siguiente embestida del tifón.

Mi secretaria llamó por el intercomunicador con voz tensa:

—Señor Alvear, le llama su hija por teléfono.

—¿Es urgente?

—Sí, eso parece.

Apreté el botón de la línea.

—¿Citlalli?

—Qué bueno que te encontré. Papá, necesito que vengas a la escuela.

—¿De qué se trata?

—Por teléfono no puedo explicártelo. Es importante que vengas. Pero tranquilo. *Todos estamos bien.*

La última frase me hizo saltar. ¿Estaban bien? ¿De qué?

—Voy para allá.

—Búscame en la cafetería. Entra por la puerta de atrás.

Me disculpé con los clientes que tenía enfrente, le pedí al subgerente que los atendiera, busqué las llaves nerviosamente y salí corriendo. Mi mente imaginaba mil posibilidades. Citlalli no me hubiera llamado de no ocurrir algo grave. Tal vez un asalto, un incendio, un derrumbe...

Manejé con rapidez. Al llegar a la universidad me di cuenta de que mis sospechas eran reales. Dos pipas de bomberos estaban frente al edificio. Varios policías desviaban el tráfico. Los autos avanzaban lentamente. Después de unos minutos eternos, logré hallar dónde estacionarme, bajé del coche a toda prisa y crucé la avenida esquivando vehículos. El acceso principal de la escuela estaba cerrado, la banqueta acordonada; rodeé a bomberos y policías para correr hacia la puerta de atrás. Esquivé con dificultad el río humano que caminaba en sentido contrario y llegué a la cafetería. Citlalli, de pie en el rincón, le hablaba a una chica que se encontraba sentada con la cabeza hundida.

—Hija —me abrazó—. ¿Qué pasa?

—Alguien arrojó una bomba casera a la puerta de la escuela.

—¿Cómo?

—Por fortuna, parece que no era lo suficientemente potente para matar a nadie. Pero, de todos modos, dos estudiantes sufrieron quemaduras.

—¿Por qué? ¿Aquí?

—Sonia cree que querían lastimarla a ella.

—A ver —me dirigí a la chica—, no entiendo. ¿Por qué piensas que alguien desea hacerte daño?

La condiscípula de mi hija permaneció callada.

—Un motociclista pasó frente a la universidad a toda velocidad —aclaró Citlalli—. Sonia y yo estábamos conversando en la acera. Ella se puso un poco nerviosa. Entonces volvimos de nuevo a la escuela. El joven pasó otra vez y arrojó la bomba.

Me senté y le acerqué una silla a mi hija.

—¿Reconociste al muchacho, Sonia? ¿Quién es?

La chica temblaba. Hubo un largo silencio. Mi hija me miraba como aguantando la respiración.

—Papá... es el mismo hombre que viste ayer.

—¿El que llevó a tus dos compañeras al motel?

Asintió.

—¿Y tú lo conoces? —increpé nuevamente a Sonia.

—Lo conocí ayer.

—¿No me digas que...?

Extraje un pañuelo y me limpié el sudor. De modo que ésta era una de las chicas aventureras. De modo que mi presentimiento de que había algo malo en la escena fue correcto... De modo que Citlalli era amiga de ella. Recordé lo que me había dicho con desesperación:

“¿Sabías que Sonia, una de las chicas que vimos en la motocicleta, ya estuvo embarazada una vez y abortó...?”

La muchacha habló sin poder detener el temblor de su cuerpo:

—Señor Efrén. Por favor, no se lo diga a nadie...

Tenía al menos que decírselo a Dhamar. La invité a cenar. Camino hacia el restaurante la puse al tanto de la escena de la motocicleta y del ataque a la universidad por el loco terrorista. Fuimos a aquel restaurante escondido, de luz tenue y abundante ornamentación vegetal, en el que, muchos años antes, le declaré mi amor. El lugar no había cambiado nada. Íbamos en cada aniversario. En esta ocasión nuestro estado de ánimo distaba mucho de ser romántico.

—Estoy muy preocupado —le dije apenas tomamos asiento—: Citlalli tiene compañeras extremadamente liberales. No me extraña que haya decidido *conscientemente* tener relaciones sexuales con su ex novio.

—¿En qué hemos fallado? —preguntó.

—En confiarnos... Me ayudaste a escribir nuestras vivencias entretejidas con las enseñanzas que aprendimos de uno de los mejores terapeutas sexuales. Nos basamos en investigaciones e informes científicos de trascendencia y creímos que con eso habíamos cumplido nuestra parte en la educación sexual de nuestra hija, pero nos equivocamos. La teoría no es suficiente. Lo que tú y yo vivimos en la juventud no puede compararse en nada con lo que Citlalli y sus amigas viven *ahora*.

Dhamar ordenó un café. La miré mientras lo hacía. Después de tantos años de haberle declarado mi amor en este mismo lugar, me seguía atrayendo igual o más. Era psicóloga especializada en terapia para la superación de duelos y dirigía un prestigiado consultorio.

—Tengo una paciente que se llama Laura —me dijo—, infectada de SIDA. Cuando la veo no puedo evitar pensar en Citlalli. Tienen la misma edad y se parecen físicamente. No ha querido decírselo a sus padres. Está tan abatida por la dura e irreversible realidad que ha intentado suicidarse...

Asentí. Los jóvenes se encuentran inmersos en una guerra sin armas para defenderse. Les hemos dado información, pero no formación; les hemos dado la vida pero no les hemos enseñado a vivirla; conocen técnicas pero no ética. Para un padre es imposible saber si su hijo fue al cine o a un hotel.

—Sonia tampoco le ha dicho nada a sus papás —comenté—. Hoy me aseguró que había aceptado hablar conmigo sólo porque me conocía a través de nuestro libro y creía que podía ayudarla. Textualmente confesó: *"Magdalena y yo salimos con ese muchacho de la motocicleta ayer. Pero la cosa se puso muy fea. Apenas nos encerramos en la habitación, el hombre nos ató y nos vendó los ojos. Creímos que estaba jugando, pero luego comenzó a golpear a Magdalena. Traté de desatarme. No pude. Me tapó la boca y me arrancó parte de la ropa. Me dijo que conmigo iría después. Estuve luchando por liberarme hasta que lo logré. Cuando me desaté vi a Magdalena en el suelo. La había dejado inconsciente. Lo empujé con todas mis fuerzas y salí corriendo a la calle, subí a un autobús y fui a encerrarme en mi casa"*.

—¿Y Magdalena?

—No regresó. Nadie sabe de ella.

—¡Efrén! ¿No me digas que la chica ha desaparecido?

—Sí. Citlalli y yo condujimos a Sonia con el jefe de la policía, que estaba fuera de la universidad. Casi tuvimos que llevarla a rastras y obligarla a declarar cuanto le había ocurrido a su compañera.

Mi esposa permaneció con los ojos fijos llena de preocupación. Por primera vez se daba cuenta de la magnitud del huracán que nos había embestido.

—¿Qué vamos a hacer?

—Citlalli me pidió que impartiera un curso sobre conducta sexual.

—¿Y vas a aceptar?

—Sólo si me ayudas.

—¿Cómo?

—Tú eres la psicóloga. Me proporcionaste todo el material técnico para escribir *nuestro* libro. Yo sólo soy un empresario que sabe redactar historias, pero tú eres mi cerebro izquierdo y mi brazo derecho. Además trabajaste con mi padre y escribiste la colección completa de revistas de su consultorio médico *Ideas Prácticas sobre Sexualidad*, tienes la esencia de Asaf Marín...

—¿Y por qué no le pedimos ayuda a él?

—Sabes que le afecta la altura de la ciudad. No podría venir a impartir el curso.

—Claro, claro, pero sí podría proporcionarnos material. Durante el tiempo que trabajé a su lado solía impartir conferencias en universidades y foros de medicina. Yo llevaba su agenda. Era un expositor muy solicitado. Estoy segura de que aún conserva algunos papeles de sus seminarios.

Asentí. No perdíamos nada con intentarlo.

Para llegar a la casa de mi padre había que viajar por carretera más de siete horas. Organicé los asuntos de mi oficina, Dhamar pospuso algunas de sus citas y Citlalli cargó sus libros.

Fue un largo trayecto, tres horas en la sierra a través de un sinfín de curvas. Las vueltas de la carretera y el asfalto deteriorado hicieron sumamente peligroso el viaje. Siempre me pregunté por qué mi padre había elegido un lugar tan inaccesible para pasar los años de su jubilación.

En contraste con el camino, su finca era un lugar extraordinariamente hermoso, rodeado de exuberante vegetación, montañas y lagos. Después de las tensiones de la semana, llegar ahí fue como encontrar un oasis.

Mi padre nos recibió con gran alegría. Nos abrazó, conmovido de vernos aparecer de improviso. Inmediatamente mandó llamar a Sabás, encargándole que nos atendieran lo mejor posible mientras él se cambiaba para estar más presentable. Sabás nos llevó a conocer el potrillo pinto que había nacido el mes anterior. Después de media hora, mi padre apa-

reció recién bañado y afeitado. Sentí primero ternura por él al ver la forma en que le entusiasmaba nuestra visita y después culpabilidad por no haberlo visitado desde hacía casi un año.

Citlalli montó la hermosa yegua alazana y comenzó a trotar alrededor del ruedo. El potrillo seguía a la yegua. Dhamar miraba nerviosa la escena y en cada vuelta recomendaba a la jinete que tuviera cuidado.

—Algo grave debe de ocurrir para que hayan llegado de súbito —comentó papá.

—Sí —caminé con él—. Aunque la verdad cualquier excusa es buena para venir a visitarte.

—No finjas. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Necesitas dinero?

—No, papá... Necesito algo mucho más valioso...

Le conté con todo detalle lo acontecido a Sonia y a Magdalena, le hablé de la bomba molotov, de la confesión de Citlalli, de su petición de ayuda... Mi padre se mostró preocupado. Amaba mucho a su nieta.

—Todavía conservo el material de mis mejores conferencias. No es un curso, pero tal vez pueda servirles.

Mientras Dhamar y Citlalli desfogaban sus descos reprimidos de convivir con la naturaleza, papá me llevó a la cabaña. De su antiguo librero extrajo una carpeta de argollas en perfecto estado.

—Supuse que tendrías trasapelados entre miles de documentos los apuntes de tus charlas —comenté.

—No. Estos papeles valen mucho para mí. Los viejos tenemos poco que hacer. He pasado varias veces en limpio cada una de estas hojas.

—Les sacaré una copia y te las devolveré.

—Úsalas. En este librero no sirven para nada. Además, me siento muy orgulloso de poder ser útil todavía.

Lo miré sin hablar. Me di cuenta de que a mi padre le había ocurrido lo que a muchas eminencias: se retiró huyendo del cúmulo de compromisos asfixiantes y después de un tiempo lamentó no poder seguir ayudando a las personas de las que huyó.

—¿No te gustaría ir a la ciudad a impartir tú mismo el seminario?

Sonrió.

—Sí me gustaría... pero estoy enfermo y el médico me ha prohibido viajar. Sobre todo a la ciudad. Además, Efrén, cuando mis dos hijos se

hallaban en medio de los más terribles problemas sexuales, estudié y trabajé intensamente para sacarlos adelante. Ahora se trata de tu hija. Es la ley de la vida. Yo te apoyo, pero el problema es *tuyo*...

Hojeé el material de la carpeta embelesado por tanta pulcritud. No podía pedir más. Era exactamente lo que necesitábamos.

Dhamar y Citlalli entraron agitadas comentando a grandes voces lo briosa y noble que era la yegua de cría.

Le mostré la carpeta a Dhamar mientras Citlalli platicaba con su abuelo sobre caballos.

El rostro de mi esposa se iluminó con una sonrisa al descubrir el extraordinario valor de las hojas que estaban en sus manos. Me miró con ojos de complicidad sin poder ocultar su exultación.

—Aquí está todo... Sólo hay que hacerle algunas pequeñas adaptaciones. Si me permites... —alcanzó un lapicero y una hoja en blanco que había en el librero—, ardo en deseos de comenzar.

Pasamos dos días con mi padre. Trabajamos con él organizando los temas, ideando ejercicios para los estudiantes y trazando un diagrama de flujo, esquematizando el curso. Escribí una carta para la directora de la facultad. Se la di a Dhamar para que la corrigiera y la firmara.

Dos días después salimos de su finca enormemente fortalecidos.

Creo que algo similar le ocurrió a mi padre.

Apenas llegamos a la ciudad, Dhamar y yo fuimos a la universidad para llevarle la carta a la directora:

*Doctora Norma Escandón
Vicerrectora de la Universidad
de Especialidades Biológicas de Tlalnepantla
Directora de la Facultad de Medicina*

Apreciada doctora Escandón:

Supimos que usted platicó con Citlalli sobre nuestro libro. También supimos que su hijo es compañero de ella y que tanto Magdalena, la joven desaparecida, como su amiga Sonia estudian en el mis-

mo grupo. Por eso nos atrevemos a escribirle. Los jóvenes viven una época de adelantos tecnológicos extraordinarios pero también están más cerca que nunca de la violencia, el alcohol, la droga, la pornografía, la homosexualidad, las orgías y la promiscuidad.

Estadísticas serias¹ aseguran que una aplastante mayoría de los muchachos tiene sexo antes de los veinte años de edad, que los chicos con una vida sexual activa dicen haber comenzado en promedio a los catorce años, los varones, y a los quince años, las mujeres; más de la mitad tuvo su primera experiencia sexual en la casa de él o de ella. De cada diez mujeres, al menos tres han sufrido abuso sexual alguna vez en la vida y más de sesenta por ciento de los abusos sexuales fueron llevados a cabo por novios o ex novios. Uno de los negocios más lucrativos de las grandes ciudades son los hoteles de paso. Éstos se ubican cerca de las escuelas, puesto que buena parte de su clientela son estudiantes.

Doctora Escandón:

Usted sabe que los programas de estudio oficiales abarcan, con gran precisión, la faceta biológica de la sexualidad, pero existe una carencia enorme en la faceta conductual (criterios para decidir cómo, cuándo y con quién tener intimidad, motivos y consecuencias de las prácticas sexuales y elementos para disfrutar noviazgos constructivos).

En las escuelas y universidades sobreabundan los conocimientos anatómicos, mas escasean los de ética sexual. Y no me refiero a religión o prejuicios arcaicos; me refiero a estudios modernos, prácticos y científicos de lo que el joven debe saber para normar su vida íntima. Tristemente, son los mismos profesores liberales quienes con la autoridad que les enviste su posición se alzan frente a sus grupos para brindarles pautas equivocadas.

Los muchachos están hartos de oír prohibiciones sin fundamento. Hoy, para cada NO exigen una razón convincente. Demandar disciplina sin dar explicaciones es la forma antigua de educar. Ya no se pueden seguir los mismos esquemas. Los jóvenes están cansados de

¹ Josh McDowell y Dick Day, *¿Por qué esperar? Lo que usted necesita saber sobre la crisis sexual del adolescente*, Unilit.

prohibiciones huecas, pero en el fondo comienzan a asquearse también de la liviandad ilógica.

Doctora Norma:

El reto es muy complejo.

Queremos proponerle un curso para los alumnos de su escuela, un curso respetuoso pero fuerte, en el que se hable de sexualidad sin rodeos, como debe hablársele hoy a los jóvenes. Tal vez algunos adultos conservadores se escandalicen con el material, pero todos debemos abrir los ojos a la realidad que viven los muchachos. Dostoievski afirmó que mucha de la infelicidad abatida sobre el mundo ha sido a causa de las cosas que se quedaron SIN decir.

Nos ponemos a su disposición.

Personalmente nos ofrecemos a dirigir el curso. Contamos con experiencia, fundamento y sobre todo con un testimonio de vida que brindar.

Si cree que podemos ser de utilidad, con toda humildad nos apuntamos en su lista de voluntarios para servir.

Afectuosamente,

*Efrén y Dhamar Alvear,
padres de Citlalli Alvear*

Le entregamos a la secretaria de la doctora Escandón la carta en un sobre cerrado. En forma sucinta le explicamos de qué se trataba. La señorita vaciló unos segundos y de pronto abrió mucho los ojos.

—¡No me diga que son ustedes los autores de...! —sonrió—. Pero, ¡vaya! ¡Es increíble conocerlos en persona! Esperen un momento, por favor. Voy a llevarle esto a la doctora. Seguramente le va a interesar leerlo.

Con un poco de aprensión nos sentamos en un sillón de piel y aguardamos.

La directora salió. Nos tendió la mano:

—Mucho gusto. ¿Quieren pasar?

—Sí. Gracias.

Caminó por delante.

—Es muy interesante lo que escriben en su carta. La semana pasada terminé de leer también el libro que habla sobre su familia. Me encantó.

—Gracias —proferí.

Nos sentamos frente al escritorio. La directora era una mujer rolliza de cara redonda y grandes ojos negros.

—Las cosas han estado mal por aquí —comentó dirigiéndose a mí—. El jefe de la policía vino a verme y me dijo que usted había llevado a esa chica Sonia a declarar... Se lo agradezco. La muchacha no lo hubiera hecho por su propia voluntad.

—¿Tiene noticias de Magdalena?

—Todavía nada. La policía está investigando —se aclaró la garganta como si le desagradara el tema—. Lo que dicen en su carta es cierto. Muchos padres vivimos en la ignorancia total de los problemas sexuales de nuestros hijos. Las cosas están mal —repitió.

Detecté en su rostro un gesto de preocupación. Me pregunté si sabría que su único heredero era coleccionista de pornografía especialmente sucia. El silencio se alargó.

—¿Cuándo empezamos el curso? —cuestionó Dhamar sin más rodeos.

—Bueno. En estos casos debo realizar una reunión con el consejo académico para discutirlo, pero... —abrió su cajón muy despacio, tomó un calendario y nos lo alargó—. No lo haré. Ustedes son dos personalidades que no puedo darme el lujo de rechazar. Pongan la fecha.

Marqué con un círculo el lunes de la siguiente semana y miré a mi esposa para consultarle con la vista si estaríamos listos para entonces. Ella asintió.

—Sería bueno impartirlo en todos los grupos de la escuela —añadió Dhamar—. Pero a nosotros nos gustaría hacerlo en el de segundo año de medicina, en el que estudian nuestros hijos.

Nos tendió la mano primero a mi esposa y luego a mí, como cerrando el trato. Noté en ella una mirada vidriosa.

—Gracias —mencionó con voz baja.